

LA FILOSOFIA COMO ETICA: EPICUREISMO Y ESTOICISMO

El epicureísmo y el estoicismo representan una nueva forma de entender la Filosofía. Los sistemas anteriores habían ido en busca de la Sabiduría a través de la Ciencia. Estoicos y epicúreos van también en busca de la Sabiduría, quieren ser sabios, pero su Sabiduría va a centrarse sobre la Etica y sobre el modo de alcanzar la felicidad en un mundo lleno de pesares. El tema de la Etica no faltaba en Aristóteles y en Platón, pero además de tener un matiz mucho más teórico, constituía una prolongación de la Filosofía como teoría y como praxis (en el sentido aristotélico) y no su centro de gravedad. El cambio radical que para la idea de la Filosofía supone este giro, va a constituir el tema de este capítulo.

Este cambio es posible, cuando decae la Filosofía como ciencia. Tal decadencia tiene múltiples razones, que justifican la posibilidad de los ciclos filosóficos. Hay, por un lado, un natural agotamiento intelectual de determinadas vías en la solución de los problemas al alcanzar todo lo que de nuevo podían dar: son vías ya recorridas por un genio, por las que los discípulos difícilmente podrán encontrar nada radicalmente nuevo; con ello, las escuelas se convierten en repeticiones más o menos vivas de las ideas del maestro. Por otro lado, aparece la natural dependencia de la Filosofía respecto del cambio de los tiempos: aparecen nuevos problemas, la realidad ofrece nuevas perspectivas, y todo ello hace que las antiguas Filosofías no se acomoden tan vitalmente a las nuevas circunstancias. Así cuando lo que se necesitaba era iluminación teórica, la Filosofía tendía a convertirse en Ciencia, cuando la necesidad es de consuelo y guía práctica, la Filosofía va a tomar un matiz distinto. Esto demuestra hasta qué punto la Filosofía está vinculada a la peripecia humana, y hasta qué punto representa uno de los más decisivos apoyos cuando el hombre se encuentra últimamente desorientado y desamparado.

Se da, además, un motivo concreto que aclara el paso de una Filosofía entendida como Ciencia teórica a una Filosofía entendida como regulación de la vida. Este motivo es el crecimiento del escepticismo, fenómeno que ocurre cíclicamente en el desarrollo de la Filosofía. Agotado el ímpetu creador, los filósofos se dedican a la crítica de los fallos teóricos de sistemas anteriores: no ven en estos sus eficiencias sino sus deficiencias, no sus positivities sino sus negatividades. Y para disculpar esta falta de creación y este pesimismo intelectual, surge un afán de teoría y justificación de la duda. Se llega así a la conclusión de que la certeza teórica es imposible, y que, por tanto, lo único razonable es quedarse con afirmaciones probables o suspender todo juicio definitivo. Con lo cual toda la atención quedará proyectada sobre el modo concreto de vivir.

En este sentido la Filosofía queda reducida a una ciencia práctica con menoscabo de algunas de sus funciones fundamentales. Sigue siendo un re-



curso último en la vida humana y en sus problemas, pero reduciendo la categoría teórica de esa ultimidad. Con todo, continúa su pretensión de ser la iluminadora del destino humano. Más aún, la de ser la reguladora racional de lo que debe ser la vida humana y la de proporcionar refugio y consuelo frente a las adversidades y desgracias que en ella se dan. Todo ello nos hace ver que se asignan a la Filosofía tareas existenciales con un relieve y una intensidad, que recuerdan la posición clásica de Sócrates. Lo que estoicos y epicúreos añaden sobre él es, si se quiere, una sistematización teórica de la vida moral, entendiendo por vida moral el conjunto de la vida humana en lo que tiene de más humano.

Pero, a pesar de esta real ampliación práctica, en el fondo hay una reducción y una superficialización de las tareas y funciones fundamentales de la Filosofía. Se vive con una cierta escondida persuasión de la inutilidad o de la imposibilidad de las realizaciones teóricas; se vive sujeto a la urgencia de los problemas vitales, olvidando a veces que no siempre lo más urgente es lo más serio o lo más importante, olvidando que la misma urgencia y gravedad de los problemas exige el largo rodeo de las discusiones metafísicas. Y este olvido lleva a entender la Filosofía como un sistema práctico para asegurar una vida feliz o a través del placer o a través de la virtud. La meta del sabio se convierte en una tarea práctica, las tareas teóricas no se cultivan sino como medio para las prácticas; se llega demasiado pronto a la discusión del fin del hombre y de los medios para lograr ese fin.

Tal es el camino por el que se llega a concebir la Filosofía como ética. Ya no es una Filosofía primera que va a desembocar en una Ética, sino una ética, que tal vez exija cierta fundamentación lógica y física. La Ética no es ya una parte derivada sino el fin mismo de la Filosofía, no un estudio teórico de la realidad moral del hombre sino un medio de regulación de la vida humana. Esto hace que hasta cierto punto la Ética adquiera cierta funcionalidad religiosa, en cuanto que asume algunos fundamentales valores religiosos, tales como los de dar un sentido a la vida y los de ofrecer una existencia que trascienda las formas aparentes de la realidad cotidiana. Lo religioso queda así sustituido por un valor ético, pero no sin antes haber sido reducido. Similar reducción a la que se realizó al convertir la Filosofía en Ética, se realiza ahora al reducir la religión a la moral. En ambos casos se va a una reducción importante de lo que es el hombre y de lo que son esenciales dimensiones de la vida humana.

Dos formas distintas de realizar este tipo de Filosofía como Ética son el epicureísmo y el Estoicismo. A continuación vamos a estudiarlos como ejemplos de este nuevo modo de entender la Filosofía. Sólo atenderemos a aquellos aspectos que muestran su estilo de filosofar y de Filosofía.

A) EPICUREISMO

El Epicureísmo parece, a primera vista, que no puede ser entendido como una forma de Ética. Pero tal suposición se debe a una inteligencia peyorativa del epicureísmo clásico y a una confusión entre el epicureísmo como sistema y el epicureísmo como actitud.

No es que deba negarse toda relación entre actitud vital y sistema filosófico, y menos en Filosofías que se entienden a sí mismas como Ética. La visión mental pende más de lo que se supone del talante y de la actitud, y aun de lo inconsciente, si no siempre para confundir la verdad con el error, sí frecuentemente para preferir un estilo de Filosofía a otro y para encontrar más razonables unas ideas que otras.

De ahí que deba reconocerse una cierta relación entre actitud y sistema, máxime en Filosofías como la epicúrea. Hay en el hombre una innata tendencia a la felicidad y una fácil propensión a confundir felicidad y placer. Con lo cual prácticamente se adopta una actitud epicúrea, no en el falso sentido de entender por placer única o principalmente ciertos placeres desenfrenados, sino en el sentido de buscar la felicidad por el camino de la satisfacción más o menos sensible, pero regulada y ordenada.

No obstante, se sería injusto con el Epicureísmo, si se le juzgase tan sólo como una justificación racional de una actitud práctica. Hay en él una interacción entre teoría y práctica, donde la teoría no es el puro reflejo de la práctica sino su guía y su profundización. El Epicureísmo es, por tanto, más que la racionalización y la sistematización de una actitud. Es un sistema filosófico.

En la interpretación del Epicureísmo como sistema filosófico es importante atender a la figura de su fundador Epicuro (341-270). Todos los datos que de él nos han llegado contradicen la visión vulgar de lo que se suele entender por epicureísmo práctico. Son conocida la austeridad de su vida y la correspondencia entre sus doctrinas y sus obras.

¿Cuál es la finalidad de la Filosofía para Epicuro? El mismo nos lo dice: buscar la salud y la salvación del alma, que consiste en la felicidad. Por tanto, la Filosofía habrá de estudiar cómo se ha de conseguir la felicidad. La Filosofía no sólo sabe en qué consiste la felicidad del hombre, sino que enseña a conseguirla. La felicidad se logra cuando se consigue retirar todos los sufrimientos del alma y cuando se logra conquistar el placer. La Filosofía va a educar al hombre para la consecución de esa doble tarea. En eso va a consistir la tarea propia de la Filosofía.

Ante todo, en liberar al hombre del terror de los dioses y del terror de la muerte. Para Epicuro las dos mayores fuentes del dolor humano son el terror que despierta el peso de la divinidad sobre el destino humano, y el terror que persigue al hombre de cara a la muerte. Si se lograra elu

dir ese doble espanto, al hombre le sería más fácil encontrar su propia felicidad. Ahora bien, tal empresa es posible, porque el miedo a los dioses y a la muerte es irracional.

El miedo a los dioses es irracional. Epicuro tiene ante los ojos a temperamentos no religiosos sino supersticiosos. La prueba es que él no niega de plano la existencia de los dioses, ni siquiera la posibilidad de nocerlos. Los dioses existen, pero no se preocupan del hombre. Por tanto, no hay por qué temerlos. En realidad existen como si no existieran para el hombre.

También es irracional el miedo a la muerte. Después de la muerte no le espera nada al hombre, porque el hombre es pura materia sujeta a descomposición. El hombre no tiene sino sensaciones, y éstas no exigen ningún principio superior a la materia. En esta hipótesis hay que convenir que en la vida no hay sensación de la muerte, y en la muerte ya no hay sensación alguna.

Realizada esta tarea previa, la Filosofía debe dedicarse a enseñar cómo se puede tener una vida tranquila. No hay que dedicarse a la política ni al placer que cause dolor o lucha. En general se ha de evitar la intensidad y la plenitud, que si en algún momento puede producir grandes placeres, se exponen también a grandes dolores. El ideal es la autarquía y la ataraxia, es decir, la mayor autosuficiencia, de la que no está excluida la amistad, y una cierta impasibilidad o, mejor, imperturbabilidad y tranquilidad de ánimo. Hay que ver cuáles son las verdaderas necesidades, las que son realmente naturales y no nacidas de la educación y de los malos hábitos, hay que reducir las necesidades a las elementales, y a lo elemental de las elementales. Lograda esta actitud fundamental, el hombre puede ya dedicarse a la busca del placer, que sea ante todo la eliminación del dolor, que sea un placer reposado y ordenado, un placer seguro, que proporcione una serenidad y una satisfacción duraderas.

El resto de la Filosofía de Epicuro tiene escasa importancia. Se reduce a dar los presupuestos teóricos de la Ética, su fundamentación y apoyo lógico y físico. A dos principios fundamentales puede reducirse toda ella: el conocimiento humano es puramente sensorial, y la realidad es puramente material. En el conocimiento admite tres pasos: la sensación propiamente dicha (aisthesis), la pre-noción o anticipación (prolepsis), y la intuición (epibole). Pero los tres pasos son de índole sensible, pues la realidad en definitiva es puramente material. Epicuro sigue en este punto a Demócrito, aunque entiende los átomos como semillas y sale al paso de la objeción de Aristóteles contra Demócrito. Preguntaba Aristóteles: si los átomos están dotados de movimiento igual y puramente vertical, ¿cómo sería posible su choque? Epicuro responde que el movimiento no es puramente vertical sino que se da una cierta inclinación (clinamen la llamará Lucrecio), por la que el choque es posible. Se trata al pare

cer con esta 'desviación' de introducir un principio de libertad dentro de la necesidad estricta del materialismo.

B) STOICISMO

El Estoicismo no puede ser reducido tan fácilmente como el Epicureísmo a un solo autor. Además de ser muchos los autores estoicos, extendidos a lo largo de los siglos, puede hablarse del Estoicismo como un conjunto de doctrinas filosóficas, como una concepción general del mundo, y como un estilo de vida. Pero desde los tres puntos de vista puede hablarse de él como un ejemplo importante de la Filosofía entendida como Ética. Porque aun considerado como conjunto de doctrinas, y reconociendo su contribución a la lógica, su valor filosófico principal reside en sus ideas éticas y en su orientación de la Filosofía hacia la Ética. Esto es más fácil de ver desde lo que es su concepción del mundo y su estilo de vida. La preocupación por los valores morales hace que todo lo demás en ideas y en acciones quede subordinado a lo que representa la suprema dignidad metafísica de la realidad y, en ese sentido, la realidad por antonomasia. Como se trata de un ideal permanente, no es de extrañar que el Estoicismo como actitud se venga dando de una forma u otra en todas las épocas. Como hay temperamentos artistas, se dan también temperamentos moralistas; entre ellos surge espontáneamente (no olvidemos la naturalidad de lo moral) esa forma típica de moralidad que es el estoicismo.

Cuando hablamos aquí de moralismo pretendemos tan solo subrayar la supremacía que el Estoicismo atribuye al valor ético sobre todo otro valor. El Estoicismo no es forzosamente un sistema laico de moral, pero sí un sistema voluntarista, que, dentro del Cristianismo, va a presentarse en forma de Pelagianismo. El Estoicismo, en efecto, admite el valor religioso y admite la presencia de Dios a modo de Providencia en la vida de los hombres. Pero, hace de lo religioso una parte de la moral, y considera que el valor divino debe ser más conquistado que recibido. Su pretensión puede estimarse legítima desde la perspectiva de una religión natural. Pero aun dentro de esa perspectiva, tal vez la sublimación del valor ética desdibuja algunos aspectos profundos del valor religioso.

Esto no obsta a que el intento fundamental del Estoicismo y el estilo general de sus soluciones sea nobilísimo. El Estoicismo toma conciencia del dolor y el trabajo de la vida humana, y pretende salir al paso del hombre común perseguido por la adversidad. No pretende ser una secta de elegidos, sino una doctrina y una actitud al servicio de todos los hombres. El Estoicismo intenta salvar al hombre y dar solución a su ansia de felicidad en una vida que por distintas razones en épocas determinadas de la historia se ha vuelto azarosa.

En este sentido podemos sostener que el Estoicismo ve en el hombre un ser que busca la felicidad, una felicidad que aparece difícil y amenazada. La felicidad es un deseo natural del hombre, pero la filosofía tiene que determinar en qué consiste esa felicidad verdadera y cómo se ha de obtener. A diferencia de los Epicúreos, los Estoicos nos dirán que la felicidad está en la virtud, y que la virtud consiste en vivir conforme a la naturaleza. La felicidad puede lograrse incluso sin placer, y de ningún modo se puede afirmar que el placer sea el único motor o la suprema norma del hombre como realidad moral. Es cierto que el hombre busca la felicidad, pero sólo la felicidad verdadera es la que de hecho va a satisfacer al hombre plenamente.

El vivir conforme a la naturaleza es una norma de virtud y moralidad que se repite mucho en la Filosofía. Pero el sentido en que utiliza tal expresión el Estoicismo es muy diferente del sentido en que la emplea Aristóteles. El motivo último de esta distinción se aprecia al considerar la diferencia entre la concepción aristotélica y la concepción estoica sobre el conocimiento. El Estoicismo, como después veremos, es *unsensismo*, y, por tanto, es incapaz de descubrir la naturaleza ideal, hasta cierto punto *apriórica* del hombre, a la cual deben conformarse el hombre y sus acciones para que puedan estimarse morales. Si por naturaleza se entiende lo que *empírica* e inmediatamente es percibido por una actividad puramente receptiva y *sensista* del conocimiento, es difícil entender cómo la conformidad con dicha naturaleza puede ser la norma de moralidad, virtud y camino de la perfección y felicidad del hombre.

Con todo, una cosa es la interpretación filosófica que se pueda tener de la inteligencia humana, y otra lo que es esa misma inteligencia, directamente *aprehendida* y conocida. Al entender al hombre como exigencia moral, los estoicos apelan constantemente a la naturaleza racional del hombre, a la recta razón y al *logos* que invade y regula toda la realidad. Con ello prácticamente superan su *teórica* concepción *sensista* y subliman su norma de moralidad y de virtud.

Más aún, al apelar a la exigencia moral del deber, más allá de toda inclinación y placer, vuelven a salirse de lo que sería una estricta concepción *sensista* de la naturaleza humana. ¿Por qué hay un 'deber ser' distinto del 'ser de hecho', si la inteligencia humana no puede superar esencialmente lo que sensitivamente ha percibido? Ciertamente es que el deber no es entendido por los estoicos de forma estrictamente kantiana, como una determinación vacía de contenido, sino como algo fundado en el ser racional de la naturaleza. Pero esto tan sólo significa que el 'deber' estoico no es estricta y exclusivamente *apriórico*, y no niega que en él pueda verse un descubrimiento de una realidad *meta-empírica*.

En este deber y en esta virtud ha de verse el bien supremo del hombre, el único bien propiamente humano. Todas las demás cosas le deben resultar al hombre indiferentes, hasta llegar a no importarle.



A la misma conclusión llegamos examinando otro de los conceptos típicos del Estoicismo: el de Derecho Natural. Si hay un derecho natural, anterior a todo derecho positivo, superior a él y estrictamente normativo, es que debe reconocerse algo superior a una inteligencia interpretada sensísticamente. El derecho natural es para los estoicos, como para la Antígona de Sófocles, una ley no escrita, que es menester acatar aunque lleve a la muerte y aunque sea contradicha por las leyes del Estado. Esta ley no escrita por ningún legislador humano, que está en el corazón de todos los hombres, procede de Dios, de lo divino de la naturaleza; es directamente conocida por todos los hombres que llegan al uso de su recta razón, y no necesita propiamente ser enseñada, porque cada uno puede encontrarla de por sí en su interior. Es una ley obligatoria, más obligante de lo que pueda ser cualquier otra ley humana, y es el fundamento y la regulación de todo derecho positivo y de toda ley humana.

¿Por qué esta primacía del Derecho Natural? Porque no hace sino expresar la ley misma de la realidad. Una realidad que es legal y que es lógica, porque la realidad toda ella está regida y dominada por el Logos, un Logos de carácter divino. Lo que el hombre pone de su parte es tan sólo la conciencia de esa ley que está escrita en la naturaleza y que es inmanente a ella, como la divinidad es immanente a toda la realidad.

Por la aproximación de la realidad entera al Logos, y especialmente del hombre, es comprensible la afirmación estoica de que todos los hombres son iguales, de que todos los hombres son hermanos, y que para todos vale la misma ley y el mismo derecho. Así se comprende el universalismo y la fraternidad universal predicados por el Estoicismo: el hombre debe sentirse supranacional y debe practicar un amor universal para con todos sus semejantes. El derecho debe responder al Logos, no debe ser más que su expresión. Es el gran sustitutivo de la fuerza: el valor propiamente humano no está en la fuerza sino en el derecho.

Mas el Estoicismo no se contenta con tales elucubraciones teóricas. Ciertamente propugna la formación del hombre sabio. Pero el hombre sabio no es ya el hombre que sabe mucho o que se dedica de por vida a la contemplación teórica. El hombre sabio es el que conforma su vida a las exigencias de la realidad, tal como se descubre esta realidad a la inteligencia estoica. Se requiere un conocimiento de la virtud, pero en orden a una práctica de la misma. La primacía no ha de atribuirse a la contemplación sino a la acción, una acción iluminada por la recta razón, pero que es en definitiva acción y práctica. El Estoicismo quiere formar hombres y no sistemas intelectuales. Es una Filosofía, pero entendida como Ética.

En este sentido el Estoicismo es un voluntarismo y un activismo. La acción y la voluntad están por encima de la contemplación y de la inteligencia. No olvidemos que el Estoicismo pretende ser una Filosofía y una forma de vida al alcance del pueblo. Se necesitan unas pocas ideas, pero



Lo importante es la vida, iluminada por ellas, pero de más rico contenido que cualquier idea. No puede, pues, extrañar que el Estoicismo haya sido una escuela de fuertes voluntades y de firmes caracteres. La voluntad es la fortaleza del hombre: todo se puede doblegar, todo puede fallarle al hombre, excepto su propia voluntad. Hay que rebustecer la voluntad, y vivir de la voluntad iluminada por la razón sin dejarse llevar de sentimentalismos y apasionamientos. El estoico no es un hombre frío; es un hombre ardiente fríamente dominado. De ahí la impassibilidad (apatheia) estoica. Es algo más que la imperturbabilidad (ataraxia) epicúrea: es el no dejarse impresionar por nada y el someter a silencio, a la hora de la decisión, los afectos particulares; es el 'sustine et abstine', el aguanta y abstente, que hace al hombre fuerte frente a las adversidades de la vida y a los manejos de los demás. No significa esto que el hombre deba ser un témpano y deba carecer de afectos humanos. Basta con leer a Séneca, Marco Aurelio y Epicteto para comprobarlo. Se lo que se trata es de dominarse a sí mismo y de no dejarse arrastrar ni por opiniones ajenas ni por pasiones propias. La realidad es una y hay que atenerse a la realidad, si se quiere alcanzar la virtud y no se quiere pasar la vida golpeándose contra la roca de la realidad. Quien es regido por la realidad, quien es dirigido por la voluntad iluminada por la recta razón, no tiene por qué cambiar de modo de actuar, no tiene por qué arrepentirse: ni fluctuaciones ni arrepentimientos, que a nada llevan.

El predominio de la acción y de la voluntad en la ética estoica, junto con el reconocimiento del carácter social del hombre, es lo que lleva al estoico a dedicarse a la Política. La Política era en aquel tiempo el campo de acción por excelencia y el lugar donde el estoico podía responder mejor a su afán de salvar a la humanidad. La Política trae dificultades, pero el estoico está habituado a superarlas y a no dejarse atemorizar por nada. Si hay que morir, se muere, porque nada vale más que el seguimiento valiente de la propia conciencia y del propio deber.

¿Qué fundamentos metafísicos sirven de apoyo a la concepción ética de los Estoicos? Paralelamente a los epicúreos, una interpretación sensista del conocimiento, y una interpretación materialista de la realidad.

Para los estoicos el origen de las ideas es puramente el mundo sensible, de suerte que nuestras ideas no son más que imágenes-copia de lo que son las cosas materiales que nos son presentes a los sentidos. Como Aristóteles sostiene que la inteligencia humana no nace con algo escrito, con ideas innatas, sino que todo lo recibe a partir de la actuación de los sentidos; pero, a diferencia de Aristóteles, los estoicos no atribuyen a la inteligencia ninguna actividad autónoma, caen de superar el puro dato sensible y alcanzar suprasensiblemente lo que es la esencia y la idea de las cosas. Para Aristóteles la inteligencia no se reduce a combinar los datos sensibles aportados por los sentidos, sino que trans-

ciende esa misión y tiene una actividad propia y superior.

El stoicismo no niega la existencia de conceptos universales, pero los interpreta más como comunes que como universales. No son sino generalizaciones artificiales, que no reproducen exactamente cada una de las realidades; lo que reproduce exactamente cada realidad singular es la representación que de ella alcanzo en la impresión sensorial. El concepto común tan sólo reproduce vagamente lo que puede considerarse como el término medio de aquellas cosas que se parecen entre sí. Y, sin embargo, el Estoicismo acepta conceptos comunes a todos los hombres, que son naturales y que dependen de su relación con el Logos que es uno en toda la realidad. De ahí la importancia que atribuyen al consentimiento universal para probar la certeza de una verdad.

Paralelamente su interpretación de la realidad es materialista. Todo es materia no cuerpo inanimado sino materia dotada de fuerza. La fuerza es entendida como aliento (pneuma). Hay distintos grados de 'pneuma', y, por tanto, distintos grados de realidad: el 'pneuma' del vegetal es superior al del cuerpo inanimado, y el del hombre superior al del animal y del vegetal. Con todo, no hay estratos de ser infranqueables, porque en definitiva todo es material.

El mundo entero es racional, es lógico, pero no tiene fundamentos ni razón alguna distinta de él mismo. Tiene en sí su propio fundamento. Los estoicos hablan de logos, de ley natural, de providencia, de destino. Pero todas estas expresiones no hacen más que señalar el carácter racional y lógico del mundo material: es un mundo sometido a ley, que obedece ciegamente a un proceso racional.

¿Qué lugar resta a la libertad en un mundo regido por la necesidad? Aparentemente el predominio de la voluntad en la ética estoica está en contradicción con esta afirmación de necesidad en su Física. Según los estoicos todo ocurre fija y necesariamente. Y, sin embargo, ellos hablan de libertad. Pero su libertad se reduce a tomar conciencia de la necesidad y a aceptarla. Pero uno se pregunta, qué sentido tiene una aceptación, si incluso la aceptación ha de ser necesaria. El estoico respondería que la aceptación será necesaria, pero que mi imaginación de mi no aceptación no puede considerarse más que como una locura. No obstante, ha de reconocérseles un esfuerzo por superar la contradicción aparente entre necesidad y libertad.

Finalmente son de señalar en su interpretación materialista de la realidad, la teoría de las 'razones seminales'. Todo está contenido en ellas, y son puras fuerzas materiales, cuya evolución permite la evolución sin saltos de toda la realidad desde los cuerpos hasta esa especial forma de materia que es el alma humana. Un alma que para algunos de los estoicos alcanza tal grado de realidad que es inmortal y puede sobrevivir al cuerpo. Todo lo cual nos hace repensar en qué sentido el materialismo estoico es realmente un materialismo.